

## RESEÑAS DE LIBROS

HANS J. MORGENTHAU, *The Dilemmas of Politics* (Chicago University Press, 1958), 390 págs., \$7.50.

REINHOLD NIEBUHR, *The Structure of Nations and Empires* (New York: Scribner's, 1959), 306 págs., \$5.00.

Hans J. Morgenthau y Reinhold Niebuhr son dos autores contemporáneos cuyos enfoques de la realidad política se asemejan mucho. Ambos representan lo que se conoce como la escuela "realista" de la política, especialmente en lo referente a la política internacional, a la vez que comparten una creencia acerca del carácter esencialmente "pecaminoso" de la política. Tanto el uno como el otro combaten lo que ellos consideran como el optimismo infundado del liberalismo y su idea del progreso, a la vez que objetan al cientificismo que ellos conciben como corolario de aquél. En una época en que la mayoría de las obras de teoría política pertenecen al campo de la historia de las ideas, las obras de Morgenthau y Niebuhr son un intento de los autores de ofrecernos una teoría sobre el acontecer de la realidad política.

### I

El libro de Morgenthau, de acuerdo con el autor, fue escrito con el propósito de "restaurar a la política como una esfera autónoma de pensamiento y acción" (pág. 3). Por política el doctor Morgenthau significa básicamente la acumulación, distribución y control del poder. La política internacional, por otra parte, estudia "la relación relativamente constante entre el poder y el interés nacional"; entendiéndose por el interés nacional todos aquellos requisitos de los cuales dependen la identidad y la preservación de la nación (págs. 50, 56). Por lo tanto, mientras una teoría general de la política estudia el interés definido como poder, una teoría de la política internacional debe concentrar su atención en el interés nacional. Esto ocurrirá, dice el profesor Morgenthau, aun cuando la nación como unidad resultase arcaica y se crease un gobierno mundial, pues entonces el interés nacional sería idéntico con los requisitos indispensables para "la supervivencia de la nueva organización". (pág. 68).

La necesidad de restaurar a la política como un reino autónomo de pensamiento y acción no es una cuestión simplemente "académica" para nuestro autor, pues él considera que la ciencia política norteamericana en su orientación actual le hace un flaco servicio al estudio de la disciplina como tal. De ahí que la primera parte de su libro esté dedicada a una crítica de algunas tendencias en la ciencia política norteamericana que, de acuerdo con él, convierten en un fetiche los métodos cuantitativos y la metodología, perdiendo de vista como consecuencia los problemas políticos cruciales que afectan al mundo actual.

Uno de los problemas que el doctor Morgenthau considera como crucial es la disminución de la libertad del individuo "vis-à-vis" el estado y las grandes concentraciones de poder social autónomo, tales como corporaciones, uniones obreras y medios de comunicación de masas. Él critica al liberalismo por considerar éste al Estado como el mayor peligro para la libertad del individuo, mientras pasaba por alto la amenaza que representaban para la libertad individual las grandes concentraciones del poder económico privado. Naturalmente, resulta difícil no discrepar de esta acusación contra el Liberalismo, especialmente cuando el autor entiende por dicho término todas las manifestaciones de la ideología liberal desde el "laissez-faire" hasta el presente.

Nuestro autor, sin embargo, no se conforma con el planteamiento del problema, sino que también incluye en su libro una discusión filosófica sobre la naturaleza de la libertad. De primera intención rechaza él la famosa frase de Rousseau: "el hombre nace libre y por doquiera se encuentra encadenado" y sustituye por ella la siguiente fórmula: "el hombre nace en cadenas, mas sin embargo por doquiera quiere ser libre". Pues debemos asumir, que el hombre nace y vive encadenado. (pág. 239). Pero el hombre que vive en cadenas no solamente desea ser libre sino también ser amo, puesto que la aspiración de los hombres por el poder no es un mero accidente sino "un hecho que lo permea todo y que pertenece a la esencia misma de la existencia humana". (pág. 240). El hecho radical de la dominación del hombre por el hombre se ha intentado evadir mediante varios subterfugios, pero todos ellos son inútiles puesto que los problemas políticos surgen de ciertos conflictos de intereses o "ciertos antagonismos básicos que ninguna cantidad de conocimiento como tal sería capaz de eliminar". (pág. 241). Además, no podemos restringir este afán de dominación a los políticos, pues de hecho "este apetito de poder y este hecho de la dominación política son experiencias universales de la humanidad". Negar este "*animus dominiandi*" sería utópico, pues el que viola los hechos de la política —al igual que el que viola los hechos de la física— se encontrará con que ambos se vengan de sus violadores. (pág. 238). Los dilemas de la liber-

° tad —y de la política— se basan en el hecho de que la libertad absoluta es una contradicción, y la libertad puede significar, o la libertad para dominar a otros, o el ser libre de la dominación de otros. El individuo se encuentra por lo tanto ante el dilema de que “en el reino político, la libertad de uno siempre se paga con la falta de libertad de alguno otro”. De aquí surge el carácter esencialmente pecaminoso de toda relación política.

“La corrupción inevitable del poder”, nos dice él, “es la manifestación política de la inevitabilidad del pecado”. (pág. 108). Este carácter pecaminoso de la política que se plantea en *The Dilemmas of Politics* no es algo nuevo en el autor, sino algo que ya había planteado anteriormente en su libro *Scientific Man vs. Power Politics* (1948). Su tesis fundamental es que el hombre no puede escapar al pecado cuando usa otro ser humano de acuerdo con sus propias intenciones, pues el hombre nunca puede librarse por completo de la mancha del egoísmo. Este egoísmo es lo que le hace usar al otro hombre como un medio para servir sus propios fines, y en tanto en cuanto que así lo hace, niega con ello los fundamentos de la moralidad Judeo-Cristiana. No obstante, ésta es la condición que le impone al hombre la necesidad política, y sus inclinaciones naturales le impulsan hacia la acción egoísta con otros seres humanos. Como señala el doctor Morgenthau:

“El hombre no puede evitar pecar cuando actúa en relación a los demás hombres; quizá él pueda disminuir la pecaminosidad de la acción social, pero no puede escapar de ella. Pues ninguna acción social puede estar completamente libre de la mancha del egoísmo que, a través del interés propio, la soberbia, o el autoengaño, busca algo más de lo que le pertenece al autor”. (pág. 247).

La soberbia es a veces la causa de una miopía de parte del actor político que le impide ver los límites a su poder. Esto trae como consecuencia su propia perdición, pues al sobrepasar los límites de la prudencia y de la moralidad para satisfacer su soberbia, incurre en la “*hybris*” que eventualmente traerá su debacle. La “*hybris*” de que nos hablaban los poetas griegos, se convierte para el doctor Morgenthau en la fuerza incontenible que lleva al hombre a su propia ruina. El hombre es “esclavo de las pasiones”, su vida tiene un carácter trágico, y su imagen —como señaló ya el autor en *Scientific Man*— es el Hamlet de Shakespeare.

Como estas inclinaciones de la naturaleza humana no se pueden alterar o reprimir, el autor se considera a sí mismo con un “conservador auténtico”, que cree en que “el mundo, imperfecto como es desde

un punto de vista racional, es el resultado de fuerzas inherentes en la naturaleza humana". (pág. 285). De ahí que sea inútil ir contra éstas lo más que podemos hacer es trabajar con ellas, pero proveyendo salvaguardas institucionales que frenen la tendencia natural en los hombres hacia el abuso del poder.

Finalmente, el profesor Morgenthau nos habla de las tres revoluciones: la política, la tecnológica y la moral, por las que atraviesa el mundo del siglo xx: "La revolución política ha destruído el sistema pluralista estatal moderno, que era mantenido por un balance flexible de poder, y ha puesto en su lugar un mundo bipolar. La revolución tecnológica ha creado los medios técnicos tanto para la destrucción total así como para la unificación total del globo terrestre. La revolución moral ha dividido al mundo en dos campos hostiles, divididos no solamente por intereses políticos sino también por filosofías políticas y formas de vida". (pág. 102). Es a la solución de estos problemas, no al fetichismo de la metodología y de la estadística —que los estudiosos de la política en Estados Unidos deben dirigir su atención.

La parte final del libro está dedicada a un análisis de varios filósofos políticos contemporáneos —Laski, Lippmann, E. H. Carr, Jouvel, Toynbee— que se han enfrascado con los problemas del mundo moderno intentando darles una solución. Al igual que en el caso de estos autores, *The Dilemmas of Politics* es un paso hacia la obtención de dicho objetivo.

## II

Si el doctor Morgenthau escribió su libro con el fin de restaurar a la ciencia política como un campo autónomo de pensamiento y de acción, el doctor Niebuhr escribe el suyo debido a la posibilidad existente de que la generación presente —que se enfrenta a las perplejidades del estancamiento nuclear y la nueva religión secular del comunismo— pueda estar tentada "a olvidar las lecciones que la historia pasada del hombre ofrece a cada generación". (pág. ix). Su problema fundamental, como lo indica el título del libro, es la búsqueda de los patrones o fuerzas permanentes que han determinado el surgimiento y la decadencia de las naciones y de los imperios.

El mundo moderno está dividido en dos alianzas opuestas que se polarizan alrededor de dos naciones que tienen la hegemonía, al mismo tiempo que un estancamiento nuclear hace una guerra total imposible. Sin embargo, las naciones imperiales consideran al imperialismo como una forma arcaica de organización política. El problema es: ¿hay un

patrón de los imperios en la historia en el sentido de que las naciones fuertes ejercen autoridad sobre las más débiles? (pág. 3). El doctor Niebuhr cree que sí, y su libro trata con gran erudición el crecimiento y decadencia de los imperios desde la antigüedad hasta el presente.

Ahora bien, el autor considera que todas las comunidades dependen de alguna fuerza interna de cohesión y del poder unificador de una autoridad central. Comunidad y dominio son indispensables como fuerzas creadoras de las naciones y de los imperios. La dominación del hombre por el hombre nunca podrá ser eliminada de la historia, pero ésta de por sí requiere como complemento la fuerza cohesiva de la comunidad.

Al igual que el profesor Morgenthau, el doctor Niebuhr considera que el hecho básico de la dominación crea cierta incomodidad en la conciencia moral del hombre, puesto que tanto el dominio como la autoridad son establecidos por motivos egoístas. Este carácter pecaminoso de toda relación de poder, tiene su origen en el "yo" (self) del hombre y no en las pasiones de su cuerpo. (pág. 132). No obstante, el destacar un solo lado de la conducta humana—su destructividad— puede contribuir a pasar por alto el hecho de que "las facultades racionales humanas siempre despliegan tendencias tanto destructivas como constructivas, edificando comunidades justas de una parte, y por la otra destruyendo la paz de otras comunidades mediante la racionalización de intereses particulares". (pág. 133). La libertad humana tiene posibilidades tanto constructivas como destructivas, y "la historia es un reino en el cual la libertad humana y la necesidad natural están entremezcladas". (pág. 7).

La discusión del doctor Niebuhr de la naturaleza de la libertad es una de las partes más interesantes de su libro. Él explora la relación entre el ser del hombre y la comunidad, y nos dice que la existencia del hombre tiene un fin eterno, que se manifiesta cuando el ser es "capaz de concebir ciertos fines que trascienden las posibilidades de la historia en la medida en que ésta está ligada a la naturaleza. (pág. 134). La prueba de esta proposición está en la muerte heroica y en los logros del mártir. A esto él añade una observación que es fundamental a toda su filosofía política, y es que "la dimensión del ser individual puede definirse como una de autocontradicción... en la cual, por algunas razones sin definirse, las posibilidades finales de la virtud social no pueden realizarse". (pág. 135). Esto señala hacia un hecho fundamental de la existencia humana, pues el hombre puede cegarse ante la finitud de sus fines e incurrir "en la santificación de la situación contingente y finita como si fuese la final y última". He ahí el origen del "*hybris*" de que hablaba antes el doctor Morgenthau, y que aparece una vez más en Niebuhr

como resultado de la soberbia del hombre en su intento de trascender su condición humana.

Para el doctor Niebuhr esta situación humana puede remediarse en la medida en que el actor es consciente de ella, pero en última instancia no hay remedio alguno:

“El hombre es a la vez criatura y creador de la historia, e inevitablemente él se olvida de los límites de su finitud como criatura y pretende obtener una perspectiva trascendental y universalmente válida sobre los problemas comunes que va más allá de la capacidad del hombre mortal”. (págs. 135-36). La “*hybris*”, tanto para Niebuhr como para Morgenthau, causa la perdición y la caída del hombre.

El último capítulo del libro de Niebuhr, titulado “Las posibilidades creadoras y destructivas de la libertad humana” comienza por señalar la capacidad del hombre de dominar a la naturaleza para hacerla que sirva sus fines, a la vez que puede concebir fines que exceden los límites de la naturaleza pura. En segundo lugar el hombre posee la capacidad racional para el análisis y la comprensión conceptual. Finalmente éste tiene la capacidad de trascenderse a sí mismo y el fluir de las causas finitas en que está envuelto. (págs. 287-88). Esta última característica del hombre—esta libertad única—“es sin duda la fuente del carácter impredecible de los acontecimientos históricos y de la naturaleza variable de muchos de estos acontecimientos”. (pág. 288). Pues Niebuhr considera que no hay “esencias” en la historia. Es esta libertad del hombre—capaz de crecimiento histórico—lo que le imparte un movimiento hacia adelante a la historia humana. (pág. 288).

Hay otra tendencia constante en la historia que Niebuhr llama “la dimensión religiosa de la existencia humana” y que según él se basa en el hecho de que “el hombre es una criatura que tiene unas ansias extrañas por lo último, que trasciende todas las limitaciones y condiciones de una historia que tiene su base en la naturaleza”. (pág. 290). Esta dimensión religiosa puede tener consecuencias constructivas o destructivas (pág. 291). Niebuhr como teólogo no se hace de ilusiones sobre el particular. La dimensión religiosa, “es creadora cuando una norma última de valor se convierte en juez de los logros históricamente relativos y ambiguos de la existencia humana. Es destructiva y una fuente de maldad cuando se hace una simple identificación entre las normas últimas y las normas y valores que nosotros sostenemos”. (pág. 291). Esta tendencia a identificar la norma última de valor con la civilización occidental es para Niebuhr uno de los peligros más grandes en la era presente, pues en la lucha por la adhesión de las áreas menos desarrolladas, la ideología predominante de occidente muchas veces carece de sentido para gente sumida en la extrema pobreza.

## III

De primera instancia, lo que salta a la vista en la obra de estos dos autores es su concepción sobre la naturaleza humana. El hombre es según ellos impulsado por cierta ansia de dominación sobre los demás hombres —por un apetito de poder inagotable. La dominación como tal es inescapable, pues es la condición necesaria y suficiente para la realización de cualquier acción social o política. No obstante, su ejercicio inevitablemente traba al hombre en una ambigüedad de carácter moral. Al realizar una acción política, el egoísmo del hombre lo hace pecar. El reconocimiento de este hecho es lo único que puede contribuir a suavizar el carácter pecaminoso de la política, pero por lo general el hombre —cegado por su poder— pierde la noción de los límites de la acción prudente y sucumbe víctima de su propia soberbia. De acuerdo con los autores, el optimismo liberal sobre la naturaleza humana y “la perfectibilidad infinita” del hombre resulta tan infundada como la creencia marxista de que en un futuro no muy lejano “la dominación del hombre por el hombre cederá su paso a la administración de las cosas”. Ambas filosofías políticas pasan por alto las tendencias destructivas latentes en la naturaleza del hombre y en su libertad.

Este irracionalismo latente en la naturaleza humana es lo que da al traste con cualquier cambio “institucional” del orden social, especialmente cuando se considera a dicho cambio como la panacea para todos los males individuales. La virtud de estos dos autores es que sitúan la responsabilidad moral donde ella pertenece: en el individuo como tal y no en la sociedad.

Lo que podría argumentarse en contra de los autores es que reducen el devenir histórico a dos fuerzas: el ansia de poder del individuo, y a su consiguiente caída como resultado de su propia “*hybris*”, sin que la persona pueda hacer nada para evitar su propia perdición. En ese sentido, la experiencia acumulada por el hombre a través de su historia; el uso de sus facultades racionales para combatir todo irracionalismo o tradicionalismo, no sirven de nada para evitar la debacle que se cierne sobre él, amenazante. Para poder dar validez a esta teoría, los autores tienen que recurrir a una concepción teológica de “el pecado original” y sus efectos sobre la conducta humana. Pero al así hacerlo, basan sus teorías sobre ciertas suposiciones que son tan “metafísicas” como las de las teorías que ellos intentan refutar. Esto es una grave falla para una teoría “realista” de la política que supuestamente tiene como punto de partida la observación empírica de la naturaleza humana.

MANUEL MALDONADO DENIS,  
*Universidad de Puerto Rico.*